27/1

ORACION INAUGURAL

PRONUNCIADA EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LITERATURA

DEL LICEO DE GRANADA,

EN 21 DE ENERO DE 1853,

POR

DON JOSÉ MORENO NIETO,

VICEPRESIDENTE GENERAL DE LA MISMA Y PRESIDENTE DE SU SECCION DE CIENCIAS FILOSÓFICAS.

BIBLIOTECA
Facultad de Teología
Nº 125700
Compañía de Jesús
GRANADA

Imprenta de D. Francisco Ventura Sabatel.

En sesion general de 23 de Enero del presente año acordó la Academia por unanimidad se dirigiera atento oficio a la Junta central de gobierno del Liceo, para que se sirviese mandar imprimir este discurso, y que se repartiera á todos los individuos del mismo y á las Academias del Reino.

Señores:

Asistimos, hace años, á la crísis mas temerosa, que ha visto la humanidad en su larga carrera al través de los siglos. Cuando al despuntar la aurora de nuevos tiempos, la razon humana ganosa de independencia negó toda autoridad y tradicion, y una vez en libertad, se puso confiada á destruir el antiguo mundo, y á rodear todos los horizontes, llamando á discusion las verdades y principios, que estaban en posesion de la conciencia universal, emprendió una tarea inmensa, sin presentir, que debia pagar caro mas tarde su atrevimiento. Vosotros sabeis los años, que han pasado desde esa época memorable; no ignorais las mudanzas que despues se han realizado; aun ha llegado á vosotros un vago errático rumor de hondas revoluciones, que han conmovido imperios y conturbado el mundo; habeis oido el vocear grande y pavoroso de pasiones é intereses encontrados, de ideas viejas é ideas nuevas, que andaban á brazos en una discusion, ó digamos, en una lucha terrible; ¿y no sentís aun el estruendo de porfiada contienda entre ideas y principios extremos? ¡Ah! aunque en las altas regiones de la inteligencia, y en la razon de algunos pensadores, asome ya la luz, que ha de disipar muchas dudas, y la palabra, que ha de dar la armonía á muchas discordancias, todavía sigue ardiente la lucha en las ciencias y en las esferas sociales, que ellas juzgan, y gobiernan.

Hay luchas en la esfera de la filosofía, en la de las ciencias sociales, en la de la literatura, en la de la jurisprudencia. En el campo de la filosofía luchan la razon y la fe, la ciencia profana y la teología, el idealismo y el realismo, los sistemas teista y panteista: en el de las ciencias sociales el principio de autoridad y el de libertad, la propiedad y el comunismo, el capital y el trabajo, el pasado y el porvenir: en el de la literatura el clasicismo y el romanticismo, el arte pagano y el cristiano, la edad media y los tiempos modernos: en el de la jurisprudencia el sistema materialista y el espiritualista, el romanismo y el germanismo, el principio histórico y el filosófico, y en medio de tanta lucha se asienta el caos, y el mal se mezcla con el bien, y á veces triunfa de él, y las conciencias se turban, y los hombres vacilan, y la sociedad se agita llevada por contrarios vientos. Yo no conozco tiempos mas terribles: una triste responsabilidad pesa sobre todos. ¡Ay, Señores, del que vuelva la espalda á su deber, y no se aplique, en la medida de sus fuerzas, á remediar tantos males. Aquel que baja la cabeza, esperando que descargue la tempestad, ese para mí es un miserable, que ha abandonado su puesto. Vosotros os reunís hoy aquí preocupados de los intereses de la ciencia y de la humanidad, y al obrar así, llenais un deber grande: yo empiezo dándoos el parabien.

No era en verdad la mia, sino la elocuente voz de otro hombre, de todos conocido y apreciado, la que debiera hoy resonar en este recinto; y ojalá que estuviera entre nosotros, que entonces asistiria yo respetuoso á escuchar las inspiraciones de su genio, y el brio de su elocuencia. Pero ausente él de aquí, vengo yo hoy á preludiar desde su puesto vuestras tareas, vengo á hablar sobre esas cuestiones y sistemas indicados, que traen ahora tan divididas las gentes, y á pronunciar palabras de paz, y á la vez de esperanza sobre el porvenir de la humanidad.

Todas las Secciones de esta Academia intervienen, cuáles de un modo, cuáles de otro, en la gran discusion que sostienen esos problemas. Por eso, y atento que todas tienen derecho á ser representadas en este momento, hablaré de todas, siquiera sea de una manera imperfecta y sumaria, dejando á un lado solo las ciencias naturales, no porque carezcan de importancia, que la tienen, y muy grande, sino porque no soy yo competente para hablar de ellas, y porque además sus disputas no turban la paz de las naciones, ni llega el ruido de su lucha á la conciencia, ni aun es en ellas la discusion ardiente. Los que

á tales ciencias se dedican, forman una como república de hermanos, que rara vez se apartan para combatir, y siguen tranquilamente su marcha de descubrimientos y progreso, sin mas límites que los marcados por Dios en sus designios soberanos. Démoslas al pasar una palabra de admiracion y respeto, y volvamos los ojos á las ciencias, que forman el objeto de las otras Secciones, es decir, las filosóficas, las sociales, la literatura, y la jurisprudencia, contemplándolas en esos ya indicados principios y sistemas, que se agitan en los puntos mas difíciles, si no los mas importantes, de esas ciencias.

Y para conocer y apreciar debidamente tales principios, y su actual encarnizada lucha, y lo que ella significa, y lo que será de ella en lo futuro, menester será buscar sus antecedentes en la historia. Las condiciones de lo presente, dice un escritor, nacen de las condiciones de lo pasado, y nuestra existencia actual no tiene significacion, si no miramos á los tiempos que fueron. Esos tiempos son nuestros padres y nuestros maestros, y no contentos con darnos la vida, que circula en nuestras venas, y las ideas que flotan en nuestra inteligencia, desde el fondo de su sepulcro, son mas de una vez el oráculo del porvenir, y la víctima, cuyas entrañas debemos consultar. Subamos pues hasta el principio de nuestra civilizacion, al empezar el ligero exámen de los sistemas filosóficos: despues tocará su vez á los restantes.

Éranse aquellos tiempos, en que el mundo romano recostado sobre su escudo dejaba caer la espada, aquellos tiempos, en que la ciudad eterna tomaba antes de perecer la forma de un vasto imperio, que en puridad, era solo el sepulcro de su grandeza, de su libertad y de su gloria. En aquellos dias un vago y hondo rumor, dilatándose por las naciones, iba declarando, que el mundo presenciaria en breve un suceso no visto de las gentes; y apenas calmado ese rumor, palpitan los cielos de amor, y entre los cánticos de gloria, que resuenan en las alturas, bajó á la creacion la palabra cristiana. Esta aparicion de la idea celeste fué grande, soberana y solemne: ella se mostró justa en medio del tropel de las injusticias, humilde y amorosa entre el orgullo y el egoismo de los hombres.

Jamás habian visto los pueblos cosas tan extrañas, ni presenciado los siglos revolucion mas honda, que la que anunciaba el hombre Dios. Las muchedumbres le oyeron pasmadas é incrédulas. ¿Quién eres tú, le decian, que te llamas Señor de los cielos y la tierra, y comes el pan de los pobres, y lavas los piés á unos pescadores? ¿Quién

tú, que predicas la caridad, y la humildad, y la mansedumbre? Y le llamaron demente, y los sacerdotes rasgaron las vestiduras, al escuchar sus blasfemias, ignorando aquellas muchedumbres, y estos sacerdotes, que ese demente iba á rasgar las páginas de los filósofos, y que esas blasfemias serian en breve la eterna plegaria de todas las generaciones.

Y no fué menester mucho tiempo para que así fuese. Antes que viniera abajo el imperio romano, la historia habia escrito ya la agonia del paganismo, y visto con él caer vencida aquella filosofía, que se levantó audaz en los confines del antiguo y del nuevo mundo, ansiosa de devolver la vida, y el movimiento, y el espíritu á la ciudad pagana, que quedaba desierta y silenciosa como un cementerio, y de cerrar las avenidas de la ciudad cristiana, por las cuales corrian en tropel las gentes. Y esto era antes de la irrupcion de los bárbaros del Norte: vino despues ese acontecimiento memorable, y cuando cesó el estruendo de las ruinas, y la polvareda que levantaron los rudos ataques de aquellos salvajes, el mundo europeo mudo y silencioso se derribó postrado ante el sagrado símbolo cristiano.

La Iglesia, puesta en pié frente á aquellos hombres recien convertidos, les habló de un Dios personal, eterno, purísimo, creador, providencia, que desde lo alto de su trono gobierna las cosas del mundo. Hablóle de aquel dia terrible, en que se nubló la faz del hombre por el pecado, y de aquel otro gloriosísimo, en que el amor del Dios misericordioso vino á redimirle. Contóle la vanidad de las cosas de esta tierra, los quebrantos que en ella alcanzan al hombre, y poniendo despues en sus labios palabras de esperanza y fe, le señalaba mas allá de los visibles linderos una eternidad llena de inefable beatitud. Decíale tambien, que la ciencia secular era ciencia liviana, que la razon, orgullosa de suyo y débil, si no la contenia y dirigia la autoridad, seguia sendas, que iban á parar á hondos abismos: y esa razon tomada de miedo y sobresalto se inclinó ante la autoridad y puso en menosprecio la ciencia del mundo. En aquella edad no hubo otra idea que la cristiana, ni mas ciencia que la teología, ni mas sistema que el misticismo, ni mas pensamiento que el cielo. Que si la razon osó alguna vez libre y confiada romper los lazos, que la encadenaban al dogma, luego al punto tocó al suelo como herida del rayo. Y si vino sobre la Europa una filosofía pagana, recibida en gran parte de pueblos enemigos llegados del Oriente, paróse á la entrada del santuario,

donde estaban guardadas las verdades, que atesoraba el alma cristiana, y buscó para ejercitar el espíritu un campo estrecho y casi estéril, campo donde no habia frutos ni flores, ni brisas suaves, ni suave aliento. Anduvo y vivió el espíritu en aquellas regiones abstractas, cayendo al fin desalentado bajo el fardaje de una dialéctica oscura y sutil, y de una ideología mecánica y verbosa.

Mas á la caida del escolasticismo, y allá, cuando renace el arte pagano, ¿no sentis removerse en lo hondo del espíritu algo desconocido, que anuncia la llegada de una nueva época? ¿No divisais ya entonces á Lutero y á Descartes? Lutero proclamó la libertad en religion, que tanto era como negar la autoridad, y la Iglesia: Descartes proclamó la libertad en filosofía, que tanto era como negar tambien la Iglesia y la autoridad, y separar la razon filosófica de la católica, y llamar á aquella soberana.

En el punto mismo en que hablaron esos hombres, abrióse una division profunda entre la Iglesia y la escuela, entre la enseñanza antigua y la que empezaba, y esta division que alcanza, siquiera como tendencia, todas las cuestiones, que interesan al destino del hombre, debia producir dos como opuestas ciudades, dos como encontradas civilizaciones. Sus linderos principales se encontraban, no solo en el punto de partida, que era para una la revelacion y la autoridad, y para otra la razon y la libertad, sino tambien en aquel otro, en que se trataba de determinar la relacion de Dios y el hombre. La una admitia lo sobrenatural, la union directa de lo visible y lo invisible; la otra habia de colocar en el mundo solo al hombre, y hacerle arquitecto y árbitro soberano de sus destinos. Ambas requerian á ese hombre, y se inclinaban hácia él, hablándole amorosas. Y serás como tus padres santo, le decia la una, y estará contigo la paz de la conciencia. Y serás grande, le decia la otra, y libre, y recorrerás la ciencia hasta sus últimos términos, y alcanzarás lo absoluto. Y el hombre lleno de ilusiones prestó oido atento á la razon profana, volviendo la espalda á la razon religiosa, que afligida esperaba la vuelta de sus hijos, y la esperaba, Señores, en el siglo XIX.

Inmutable esta razon en medio de las ideas, que cruzan por el mundo, fija en medio de esos sistemas, que pasan rápidos como el silbo del huracan, no podemos escribir su historia. Digamos pues solo la evolucion de la razon filosófica.

Entregada desde Descartes á sí misma, y henchida de orgullo en

medio de su debilidad, no hubo verdad que no negase, ni error que no tocara, ni abismo en que no cayese. Y la perdió la pequeñez, y la extravió el genio. Decidme, ¿conoceis espíritus mas poderosos que los de Descartes, Kant y Fichte? ¿Habeis visto inteligencias mas altas que las de Spinosa, Schelling y Hegel? Pues contemplad donde condujeron la filosofía. Los tres primeros preguntaron al pensamiento por sus ideas, sus creencias, sus esperanzas, y despues del frio análisis que de ellas hicieron, la pobre razon humana que contenia verdades augustas y sueños infinitos cayó desmayada. Su Dios se ocultó en el santuario de la fe: los mundos y los cielos que llenaban su órbita, quedaron como un no sé qué ideal é impalpable, como una sombra que solo esperaba un soplo para desaparecer en presencia del yo humano, que se agitaba altanero en el vacío. Esto hicieron los primeros. Los últimos desvanecidos y como tocados de un vértigo misterioso perdieron toda luz, y se sumergieron en la oscura nada del panteismo.

Y para que nada faltase, y viese la Europa sistemas, si no mas adelantados en el error y las tinieblas, pero mas pequeños y degradantes, aparecieron los sensualistas y los materialistas.

No son empero, para nuestro bien, esos errores la última palabra de la razon, ni la verdad faltó en esas épocas á la filosofía. Cuando aparecieron tales principios, luego al punto se destacaron briosos los que habian de hacerles contraste, y derribarles al cabo en la arena de la discusion: contra Descartes se levantó Leibnitz; contra Kant y Fichte, Jacobi; contra Spinosa, Malebranche; contra Schelling y Hegel, Herbart; es decir, contra el idealismo el realismo, contra el sistema panteista el teista, y contra los apóstoles de las teorías sensualistas se levantó un grito inmenso, que parecia la voz de todas las gentes.

Un dia no muy distante ciertos hombres, concluida ya á sus ojos la evolucion filosófica, creyeron ajustar paces entre tan varios sistemas, y dijeron: esos principios que han luchado hasta aquí, son todos ellos manifestaciones parciales de la verdad absoluta, momentos diversos de un todo desarrollado en el tiempo, y es fuerza abarcarlos en una síntesis soberana, si queremos poseer la verdad entera. La razon dió crédito por un instante á principios tan peregrinos; mas si le fué dado con ellos construir la verdadera historia filosófica, y recoger muchas verdades, destinadas antes á sufrir la suerte de aquellos errores, en que se hallaban como envueltas, conoció pronto, que no habia otra paz

posible, que la que diera la victoria: y siguió la lucha: y el sensualismo y el materialismo murieron. Y hoy apenas quedan en pié los sistemas panteista é idealista. ¿Necesitaré deciros, que no está lejano el tiempo en que desaparezcan de los ojos de la Europa? Dejadlos combatir, y no temais mucho de ellos, que pronto morirán. Otra cosa temed: temed esa contradiccion, diré mejor, esa hostilidad que aun dura entre la filosofía y la teología. Todavía tienen ambas pretensiones imprudentes: la una no quiere renunciar al derecho de examinarlo todo; la otra niega los fueros de la razon: algo de intolerancia en la una, exageracion en la otra. Seamos nosotros prudentes, y sepamos evitar los extremos. No matemos la razon. ¿Quién velaria entonces por nuestra querida moderna civilizacion? ¿Quién entonces nos daria el secreto de esas ciencias, que por ser su objeto natural, humano y social, no pueden ser abarcadas de una manera positiva y directa por la teología, que es la ciencia de lo divino y lo sobrenatural, y que mas que á la sociedad se dirige al individuo, y mas que al tiempo á la eternidad? Ah, pero que no sea esa razon como el ángel rebelde, que orgulloso blasfema y maldice. No olvide ella la reina de ayer que hoy anda deshonrada por el mundo, y que su fortuna declina ahora. El momento, Señores, es solemne para la filosofía. Su crédito ha bajado, y se le arroja la piedra en nombre de sentimientos generosos y en nombre de las creencias generales. El espíritu práctico se ha sublevado contra el espíritu especulativo; el sentido comun contra la ciencia. Sin duda, como dice Remusat, no todo es puro en esa reaccion: el fanatismo, la preocupacion, y mil bastardos intereses entran por algo en ese movimiento que puede servirles; pero la conciencia y la vieja sabiduría de las naciones tienen su parte tambien, y ambas se han disgustado grandemente de la filosofía. ¿Y sabeis por qué? Porque el racionalismo ha arrojado en cierto modo á Dios del mundo para dejarle reposar allá en un trono solitario, y el mundo así entregado á sí mismo y en brazos de la filosofía, despues de haber quebrantado los vínculos que le unian al órden sobrenatural, ha perdido con la fe aquella fuerza de justificacion y santidad, que de ella antes recibia. Que sea pues esa ciencia prudente, diré de nuevo: acate los dogmas de esa religion, que ha civilizado la Europa, y que es la única que puede dar á las almas desoladas por la duda esa tranquilidad que desean, y volvernos ese Dios vivo que busca con ansiedad la conciencia, y entonces el porvenir será suyo. En vano querrán algu-

nos destruirla; en vano tambien emplearán contra ella el insulto y la calumnia: á no desesperar del destino humano, fuerza es creer que la filosofía ha de vivir, y vivirá, Señores, no como quiera, sino honrada entre los pueblos. Yo creo que la última palabra de la civilizacion en este punto será la armonía y paz santa de la religion y la filosofía, y si no me engaño, se ven ya síntomas de esa armonía dichosa, los cuales unidos á aquella situacion á que segun indiqué, poco ha, han llegado los sistemas, que contendian en el interior de la filosofía, hacen ver cuán de vencida va la lucha en el terreno de la especulacion, en ese terreno en que se ventilan problemas, que son para la razon los mas altos, y los mas terribles para la conciencia.

Pasemos ahora á las ciencias sociales, donde es mas viva la porfía, mas sangrienta, y quizá mas duradera; y para no alargarnos en demasía, busquemos solo sus antecedentes en los tiempos que han pasado desde la nueva época inaugurada en el siglo XVI. Abria esa época una necesidad y un pensamiento; la necesidad de entrar en el nuevo período histórico, precedidos y gobernados por otros principios, que los hasta entonces dominantes, y el pensamiento de destruir el viejo edificio de la edad media, y de combatir las instituciones nacidas en esa edad, algunas de las cuales mostraban ya en su frente las arrugas de la vejez, y en su decadencia se mostraban corrompidas, recelosas y violentas. Una revolucion religiosa dió la señal del ataque: el gran principio de la antigua sociedad, el principio de autoridad oyó á su lado una protesta, y vió pronto estallar una guerra violenta, y la sociedad empujada por un deseo de espansion y libertad, arrastrada por una clase, que habia crecido oprimida y silenciosa en medio de los siglos, se lanzó en la via de la guerra, la revolucion y el movimiento, con el propósito de que no quedara de lo antiguo piedra sobre piedra, y á sus golpes cayó hecha polvo y astillas la aristocracia, y se vió despues á las muchedumbres, que acudian al pié de un cadalso á presenciar la muerte de un gran rey.

La ciencia ha acompañado ese movimiento, y para dirigirle y juzgarle, ha gastado sus fuerzas en una discusion inmensa, sostenida en medio de hondas conmociones, y alimentada por la libertad del pensamiento y por el arte maravilloso de la imprenta. Dos son las escuelas que ha visto nacer á propósito y con ocasion de esas revoluciones: una que tiene por principio filosófico-histórico la perversidad originaria y permanente del hombre individual y colectivo, por prin-

cipio político la autoridad, por principio social la desigualdad de las clases, que reniega de la razon, y no admite el progreso humano, que comprime, y tiene en menos los intereses materiales, y que presenta como el ideal social el primero de los dos momentos que ofrece la historia: otra que es la contradiccion de la anterior, y se apoya en la razon, y admite el progreso, y llama á esa razon al gobierno de los pueblos, y tiende á realizar en la vida la nocion de igualdad, en armonía con los fueros de la personalidad, y pide el desenvolvimiento de todas las esferas de la actividad humana, y su accion libre. La primera no tiene un nombre adecuado, aunque podria llamársele absolutista y teológica: la segunda es, y se llama liberal y racionalista. Aquella niega el presente y el porvenir en nombre del pasado: esta niega el pasado en nombre del porvenir. Sus voces son antitéticas, sus afirmaciones contrarias, su lucha ha sido encarnizada y ardiente, y mil ruinas, desolaciones, estragos sin cuento, han acompañado esa lucha.

Aquella ley de la historia que condena á muerte las ideas que cumplieron su fin providencial en la tierra, y da la victoria á los principios invocados por la conciencia universal, llamó al gobierno de la Europa la escuela liberal. Escuela que nació combatiendo y destruyendo, que tenia que fundar una nueva organizacion, pidiendo consejo á su inexperiencia, escuela á quien se dirigian á la vez mil encontrados intereses, aviesas pasiones, opuestas ideas reclamando en confuso criterio satisfaccion y contento, debia de vivir agitada en trance de agonía, llevada por las tempestades y herida por el descrédito. Entró en la historia, y al momento se manifestó un dualismo en su seno, y se abrieron á su lado dos abismos, que le amenazaban en todas las horas de su existencia. Unos de entre ella querian marchar, andar siempre con un paso desatentado y ciego, pedian sin cesar reformas, protestaban, combatian; y otros viendo que el término de ese movimiento habia de ser la anarquía y la disolucion social, se oponian, les salian al paso con restricciones, con policía, con ejércitos, y despues de mucho resistir, llegaban á hacerse violentos: huyendo de la anarquía, iban á parar al despotismo, y para sostenerlo echaban gota á gota la corrupcion en el corazon de los pueblos.

Entre tanto, la industria siguiendo la direccion que le habian dado las doctrinas económicas del siglo pasado, conducia bajo la ley de la libertad y de la concurrencia ilimitada á efectos desastrosos, es á saber, á la negacion de esa misma libertad por la concentracion de las

riquezas, y á la division de la sociedad en dos clases, los capitalistas y los trabajadores, que puestos frente á frente como dos ejércitos enemigos, se descargaban golpes de muerte. A la lucha política seguia la lucha económica, tomando parte en la comun pelea todos los hombres, alzando pendones todos los sentimientos, con lo que la sociedad ofrecia el aspecto de un campo de batalla, el desórden del caos.

En tal situacion, y preocupado de tanto desórden, y de los males, principalmente los económicos, que ofrecia la sociedad, se presentó en la escena un nuevo sistema, última expresion de la tendencia racionalista, el cual recibió en las fuentes bautismales el nombre de socialismo. Para remediar esos males, dijo, que era necesario borrar como de una plumada el pasado, ignorando el insensato que toda reforma debe tener su raiz en las edades, y despues haciendo promesas infinitas, ofreció á la sociedad, como ideal de verdad, de felicidad y de justicia, un sistema fantástico, y lleno de repugnantes torpezas, de monstruosos absurdos, de brutales quimeras. Él paseó el mundo, sin embargo, vestido con el traje de la verdad: el mundo siguió tranquilo, sin conocer el peligro que le cercaba, hasta que sintió un dia que la sociedad se desplomaba desde sus cimientos, y vió las oleadas de una nueva barbarie, que estuvo próxima á ahogar en sangre la civilizacion. Dia pavoroso fué aquel por cierto, ¿quién no le recuerda? y la sociedad que despertaba como sobrecogida del trueno en el borde del abismo, asustada de las legiones hambrientas, que de él salian, y de su aspecto aterrador, y de sus sangrientas banderas, tendió anhelosa los brazos, buscando un salvador, y para escapar de la borrasca, echando al mar sus libertades, fué á descansar, y aun descansa, en mas de un punto á los piés de la dictadura.

¿Qué nos traerá el dia de mañana? ¿Será acaso el triunfo de las teorías socialistas?

Yo no temo el socialismo: en tanto que exista una chispa de esa luz divina que arde en el alma del hombre; mientras no perezca esa religion eterna que ha civilizado la Europa; y mientras se sienta latir en el pecho un corazon noble y generoso, no podrán hallar cabida esas doctrinas groseras que quieren despojar la vida de su ideal, y sentar á la materia victoriosa en el trono que siempre ocupó el espíritu. ¿Ni cómo en el siglo XIX, que tanto ha combatido por la libertad, ha de triunfar ese sistema que suprime la propiedad, la familia, la patria, esa triple expresion de la personalidad, y que sacrifica la vida indivi-

dual á un panteismo político, que no es sino el mas grosero despotismo? ¡Ah! la idea socialista, ó digamos mejor, la idea comunista, verdadero término de todo socialismo, esa idea absurda, que quiere un pueblo sin libertad, una familia sin propiedad personal y hereditaria, y una educacion sin moral ni culto, ha muerto ya envuelta en una general condenacion.

Si esto no, ¿será por ventura la restauracion del régimen feudal, y de la idea absoluta? Nunca. Las ideas que murieron á manos del tiempo despues de haber cumplido en la tierra sus fines providenciales, no pueden resucitar. Y la idea antigua, ó sea, la autoridad teocrático-guerrera, que creó la Iglesia, que la monarquía enalteció, y consagraron la escolástica y la jurisprudencia, nació para organizar la Europa, destruir la anarquía feudal, combatir la barbarie, y traer aquella unidad, que no hubiera sin ella visto el mundo. Llegó despues el siglo XVI, y cumplida entonces su principal tarea, empezó, como ya antes dije, á vacilar. Combatióla la herejía, y la ciencia, y la industria, y los sabios, y las muchedumbres, y cuando iba de vencida, no menos que por los rudos embates de aquellas, por su propia corrupcion, vinieron las revoluciones, y dieron con ella en el suelo, llevándose los puntales del antiguo edificio, cual tamo que arrastra el viento. Decidme, ¿habeis visto aquella antigua aristocracia llena de poder y de grandeza, que llenaba la historia con su pujanza y con su gloria? ¡Ah! no: que anulada hace ya muchos años por la monarquía triunfante, de la cual era sin embargo firme sosten, fué dispersada despues al soplo del tiempo. ¿Y la institucion absoluta, como tal, como poder soberano y único, no la habeis visto humillada, degradada, hincarse de rodillas ante la revolucion, ó caer á veces ante ella derribada, si resistia? ¿Y en cuanto al poder social de la Iglesia, puede pensarse, que los principios religiosos sean los únicos que arreglen hoy la vida de una sociedad con inmenso desarrollo, y que del seno de los principios morales y religiosos surja el dogma generador de la vida científica, política, artística y económica de nuestros dias? En verdad, yo os lo digo, repitiendo algunas palabras de un pensador eminente: las ideas del gobierno civil y de la libertad política y social, han triunfado definitivamente en las sociedades modernas.

Así la idea antigua y el socialismo murieron. Pero muriendo han dejado grandes enseñanzas: han servido á la ciencia por su crítica y por sus afirmaciones. El socialismo, en la ciencia de lo justo, si bien

ha exagerado la nocion de igualdad, y héchola anterior como concepto y como idea á la de libertad, que en hecho de verdad precede á aquella en la razon y en la historia, ha servido, no obstante, para precisar mejor que lo estaba antes, la nocion del derecho absoluto, y para dar á conocer que las leyes económicas, cual se desarrollan en el régimen de la individualidad, conducen fatalmente á la violacion parcial de aquel, ora por la apropiacion necesariamente limitada de los agentes naturales y los instrumentos del trabajo, independientes en su orígen de la industria humana, ora por la desigualdad con que bajo la ley de la oferta y la demanda se reparten los productos del trabajo, pasando la mayor parte bajo los nombres de beneficio, renta, usura, y otros, á las manos de los capitalistas y empresarios. En la ciencia económica, ha hecho ver, que esos hechos que engendran la injusticia, producen tambien la desgracia, y que en pos de la libertad absoluta y la concurrencia ilimitada vienen la derrota de la pequeña propiedad, la servidumbre del proletariado, la guerra, el fraude, lo arbitrario, y la anarquía. Y para concluir el catálogo de sus servicios y de las verdades, que ha mezclado á sus grandes errores, diré, que ha llamado poderosamente la atencion sobre las cuestiones económicas, que deben contarse entre las mas grandes cuestiones del siglo XIX, ó mejor dicho, del porvenir, é indicado como solucion de esas cuestiones los dos grandes principios de la intervencion del Estado y la asociacion.

La escuela antigua ha tenido razon, combatiendo los excesos de la idea democrática, su tendencia, hasta hace poco, irreligiosa y anárquica, las revoluciones que ha engendrado, las luchas que provoca, la corrupcion que á veces ocasiona, ha probado la necesidad, grande en los tiempos que corren, de que exista una autoridad, un principio de órden, ha marcado la suprema importancia de las cuestiones religiosas, y hecho ver en fin, que el primer paso que debe darse para aliviar en parte el malestar social, es restaurar franca y sinceramente el elemento moral y religioso, llamándolo sobre todo, á que influya en la educacion, en la beneficencia, y en la práctica de los deberes de la vida pública.

Ambas escuelas tuvieron pues razon, diciendo la una que era preciso todavía realizar un gran progreso en el órden económico, y afirmando la otra que debiamos volver atrás para recoger el bien que habíamos realizado: ambas la tuvieron, sobre todo, en lo que dijeron del estado presente, y de la situacion, que la escuela doctrinaria y

ecléctica habia creado y sostenido durante los veinte últimos años. Yo he visto, como vosotros, largos dias pasados en estériles discusiones; he visto la palabra humana prostituida, y vendidas las conciencias, y la corrupcion penetrando en todas partes, y la sociedad olvidada de Dios, y los gobiernos olvidados del pueblo, y en la ciencia la confusion y la anarquía. Estos males, y tanta corrupcion, y tanto escándalo debian ser denunciados y castigados: para lo primero vinieron el socialismo y el neo-catolicismo: encargóse del castigo el cesarismo. Tal es al menos, lo que cree de sí mismo ese último sistema, y lo que dicen en su abono las gentes: ha sido, dicen, el vengador de la moral ultrajada, y el verdugo del sistema pasado. Y así es la verdad; mas otro es su providencial destino, y otra la causa, que le hace servir á la civilizacion. Venido despues de dias de discusion apasionada, confusa é inmoral, ha traido consigo el régimen del silencio. No le ha movido á ello un pensamiento generoso, sino un propósito egoista: el cesarismo es la tirania, y la palabra humana es la muerte de los tiranos; pero al fin, Dios hace servir con frecuencia á la civilizacion los malos designios, y ese designio malo de la tirania sirve esta vez á la razon.

Porque en medio de ese silencio que le disputaban la discusion ardiente y á menudo frívola, del periodismo y la tribuna, se ha puesto á meditar, y haciendo desfilar delante de sí los varios sistemas, ha encontrado en todos algunas verdades, en todos grandes errores, en todos tambien teorías incompletas, que no han sabido comprender al hombre en todos sus elementos y manifestaciones, ni elevarse á la verdadera idea de la humanidad y á la de una vida orgánica y de armonía. Y como esto procediera en parte de los métodos empíricos empleados hasta aquí, ha pedido otros á una ciencia que, hace algun tiempo, no tenia voz ni voto en la política, es á saber, la filosofía, y con su auxilio ha formado la teoría completa del desarrollo humanitario, y conocido que algunos opuestos principios encontraban su legitimidad en los diversos momentos de la historia. Y en cuanto á aquellos otros que pretenden realizar sus opuestas pretensiones en la época actual, ha visto que deben muchos de ellos entrar, como otras tantas direcciones parciales, á formar la vida total de la sociedad, y ayudada del método de las antinomias y de la ley de la variedad y la unidad, ha formado una síntesis superior y orgánica, á cuya construccion han servido, como otros tantos materiales, si bien de diverso modo y en proporciones diferentes los principios de las anteriores escuelas. Bajo

el influjo de esa nueva direccion de la ciencia se ha despertado cada vez mas en el espíritu público la idea de la humanidad en su vida total y religiosa, y la idea tambien de una nueva época de unidad y armonía, que sucederá para siempre al período de lucha y oposicion, que atravesamos.

¿Cuándo se formularán con claridad esas ideas y esos principios, que circulan ya por la Europa? ¿Cuándo se acabará el dogma de esa nueva escuela que ha de anular todas las demás, y podrá triunfar de las resistencias que le salen al paso? Difícil es determinarlo; pero confiemos en que esas ideas y esa escuela alcanzarán su fórmula y su victoria por la discusion. La discusion, Señores, que se halla hoy sentada en el banquillo de los reos, y calumniada é insultada. ¿Mas por qué esto? ¿No es ella en definitiva el mejor amparo de la verdad, y á la vez, que el campo en que combaten, el crisol en que se purifican las doctrinas? Solo es temible el error cuando el silencio domina en el mundo, y cuando aquel tiene el monopolio de la ciencia. Si quereis que perezca, dejad ancho campo á la discusion. Nosotros discutiremos las cuestiones sociales, con templanza si, pero llenos de fe en el progreso del género humano, y puesta la mano en la conciencia y la vista en el cielo, seguiremos los derroteros abiertos con la sangre de nuestros padres, hasta encontrar los linderos que Dios puso al hombre, como término de la civilizacion.

Salgamos ya de estas ciencias, y entremos en aquellas regiones puras y serenas del sentimiento y la inteligencia, en el mundo de la belleza manifestado por la palabra: ya se alcanzará que hablo de la poesía.

Aquí no obra sola la razon, sino tambien el corazon y el sentimiento: la poesía no es el raciocinio, ni la especulacion, sino un instinto misterioso, un trabajo divino: es el latido del corazon, el suspiro del alma, el vuelo ardiente de la fantasía. Dejad al filósofo la fria meditacion, el discurrir silencioso; el poeta es antes de todo sentimiento, es digamos, un instrumento de sensaciones, donde tienen su nota todos los acentos. Y con no ser obra inmediata de la razon, la poesía, aun bajo el punto de vista de la verdad sobrepuja mas de una vez á la filosofía. Si el genio poético sobrepuja al filosófico, porque como dice un escritor, su punto de vista es el misterio inadmisible y vago para la razon sujeta al exámen y al raciocinio, diferenciándose en eso el filósofo y el poeta, que busca su asiento en aquellas regiones misteriosas

de la inteligencia abiertas solo al genio, á Job, por ejemplo, que duda para que el Evangelio conteste á sus dudas; á Virgilio, que canta, *Jam nova progenies cœlo demittitur alto*, para que Belen muestre al descendido.

Y le aventaja tambien en su extension y en su carácter de manifestacion viva y pacífica del alma.

En cuanto á la extension de la poesía, ella es tan grande como todo cuanto abarca el cielo y la tierra. ¿Veis esos cielos azulados, tan hermosos, y esas lumbreras refulgentes, y su concierto, su bella armonía? ¿Veis esos mares extensísimos, turbulentísimos, y esas montañas altísimas, con sus empinadas crestas, y esos campos tan llenos de verdura, y esos bosques silenciosos y solemnes, y esa nube que encapota el cielo, y el relámpago que deslumbra, y el rayo que pasa retumbando? Pues todo eso ha de pintarlo la poesía. Y aun hará mas. Ella hablará inspirada de Dios, y hablará del hombre. Todas las civilizaciones, desde las civilizaciones teocráticas del Oriente hasta la civilizacion racional de nuestros dias: todos los sentimientos, el candor de la infancia, la ternura de la mujer, la fogosidad soñadora del jóven, la serenidad imperturbable del adulto, la amargura de la vejez, la voz del mendigo, el acento entusiasta del triunfador, el ay del desgraciado, el dolor de la duda, las angustias de la muerte, el grito de maldicion del esclavo, y el acento solemne del libre, todo debe encontrar allí su eco y su aliento. Es una gran sociedad en cuyo recinto se mueven todos los tiempos, y caben todos los lugares; es un concierto inmenso cuya voz ya alegre, ya triste, pero siempre grande, suena entre la corriente de los siglos agitándose de Oriente á Occidente, del Septentrion al Mediodia.

De esta variedad y multiplicidad del contenido de la poesía nace el otro carácter que indiqué, de ser una manifestacion pacífica del espíritu social. En las ciencias, y especialmente las racionales, todo se reduce á una serie de soluciones antitéticas, que no han dejado de atormentar las inteligencias. Mas en la poesía todo va de otro modo. Reflejo del corazon y de la sociedad, ella puede ser tan diferente como los deseos que nacen en tropel en ese corazon, como los estados que la sociedad puede ofrecer. Ni ha nacido para combatir, sino para presentar en magníficos lienzos el mundo que crea allá en sus regiones, y para dar al viento sus armonías, sus impresiones, sus sentimientos. Por eso ha sido preciso que se encontraran dos distintas civilizaciones; que se presentara además en la historia un período social

contrario al que habian visto las gentes; y era preciso que viniera la ciencia, ó sea la crítica, discutiendo y examinando, para que naciera la oposicion y la lucha en la literatura. Cuando esas civilizaciones se encontraron, y cuando vino la crítica examinando, entonces, y solo entonces, nacieron las disputas entre clásicos y románticos, que, en resolucion, tan solo representan los distintos y opuestos pareceres de los críticos, ladeándose unos á la poesía greco-romana, otros á la europea, cuáles á la poesía cristiana de la edad media, cuáles por último á la que vió nacer la edad racional y escéptica del siglo XVIII. Todo esto, y solo esto, significan á mi parecer las disputas de los clásicos y románticos. Veamos cómo han nacido, y cuál es su carácter.

En aquella edad, que Vico llama en su lenguaje poético *i tempi barbari retornati*, y que nosotros llamamos la edad media de la Europa, comienza un período de que he hablado ya como de pasada al tratar de la filosofía. Todo era en él favorable al nacimiento del arte. La edad media era religiosa, era guerrera, es decir que tenia lo que el arte necesita, un ideal sublime, tambien lo fantástico, lo maravilloso flotando sobre todas las cabezas, y además grandes caractéres. Si quereis ver lo que eran ese ideal y esos caractéres, estudiad á Dante y Petrarca, á Tasso y Milton, á Calderon y Klopstok, genios inmortales, que inspirados por la idea que caracteriza á esa, en su tiempo, pasada edad, crearon tipos revelados, que así parecen, cual si fueran presentimientos del cielo. Y si quereis, volved la vista á esos pintores, al Perugino, á Miguel Angel, Rafael, Durero y Murillo, que estudiando la misma edad, trazaron figuras que revelan la eternidad; ó volvedla si no á esas catedrales, símbolos de la idea mística, eterna manifestacion del amor que el hombre profesaba á su Dios, monumentos gigantes, que no conocieron sus autores, y que no descifrarán los siglos presentes ni los venideros, incapaces de comprender su levantado pensamiento, sus místicos acentos, suaves y divinos como el canto del cielo.

Pero ¡ah! Señores, no basta para la poesía que exista el elemento del arte, que exista la idea grande y variada, es preciso que esa idea tome cuerpo y se encarne en la palabra, y en cuanto á esto, la edad media que no tuvo á su disposicion lenguas ricas y formadas, ni aquel instinto secreto de la belleza plástica, aquella pureza de formas y suavidad de contornos, que caracteriza el genio griego, no supo manifestar sus ideas, ni crear verdaderas obras de arte: tan solo dió á la Europa los cantos de los trovadores y de los minnesaenger, las leyendas

de caballería y los romances. Por eso cuando se presentaron á los ojos de esa Europa, sobre todo la del Mediodia, al empezar el siglo XV, las obras del arte clásico que nos enviaba Constantinopla, ó que salian de entre el polvo de las bibliotecas en que yacian sepultadas, volvió hácia ellas amorosa sus ojos, y admirada de tanta belleza olvidó sus tradiciones y sus cantares.

El pueblo, es verdad, aun guardó largo tiempo los recuerdos de sus pasadas edades; mas no hizo oir ya su voz, despues que perdió en medio de la agitacion que hervia en el seno de la sociedad y ante el poder creciente de la ciencia la fuerza de inspiracion sencilla, pero rica, que produjo toda aquella poesía anónima de la edad media; así que puesto por entero el arte en manos de los eruditos y retóricos, es decir, de los sabios, estos, que á menudo abandonan su patria y sus hogares, buscando lo que es mas general y perfecto, se propusieron resucitar las formas, que no la esencia, de las producciones griegas y romanas, y hundir en el olvido los riquísimos tesoros de la imaginacion cristiana. En vano fué que la España mostrase en sus comedias y novelas la riqueza de poesía que encerraba el arte romántico; en vano tambien se levantaba allá en Inglaterra un poeta gigante, que al tiempo mismo que evocaba con voz potente los tiempos pasados, llegaba por sendas en que no se veia huella alguna de poeta hasta lo mas hondo del corazon humano; en vano si aparecieron Lope y Calderon, Cervantes y Shakespeare; la poesía siguió la marcha que le trazaban los retóricos, y el arte antiguo, en vez de servir tan solo de modelo, y de dar elementos, que bajo la ley de la armonía se incorporasen en la literatura cristiana, se enseñoreó por completo de la nueva Europa.

Era, Señores, un escarnio, una violencia hecha á la imaginacion y aun á las creencias públicas, y debia llegar un dia en que la Europa se vengase. Llegó, y se adelantó audaz una escuela resuelta á obrar una reaccion grande, oponiendo al arte clásico y erudito el arte popular, sencillo y cristiano, cual le habia creado la Europa creyente y caballeresca de la edad media. Los hermanos Schlegel, Tieck y Novalis fueron los jefes de esa escuela, y en pos de ellos se lanzó la jóven Alemania; en pos de ellos corrieron Ruckert y Moerike, Hoffmann y Wackenroeder, Arnim y Brentano, y la desgraciada, la suicida Catalina de Gunderode, cuyo cadáver y últimos suspiros guarda el Danubio.

La reaccion fué mas allá de lo justo: buscando la libertad en la forma, se cayó en la monotonía; por ir en pos de lo sencillo se descen-

dió hasta lo trivial y prosáico; y para restaurar el elemento ideal y fantástico se alejaron mucho de la realidad, y resucitaron creencias, aprensiones y tipos de otros tiempos, caducados ya y escarnecidos por el progreso de la razon. Fué, dice Henri Blaze, la época de las fábulas y de las leyendas maravillosas. Los caractéres humanos, como obrando con un fin racional y consecuente, desparecieron; la naturaleza se convirtió en manos de esos poetas en un teatro de ilusiones y fantasmagorías, de escenas ocultas representadas por sombras indefinibles, que desfilaban á la luz de un misterioso crepúsculo, y flotaban sin pesadez á merced de sus aspiraciones infinitas.

Por ese tiempo en que la Alemania abria nuevos mundos á la literatura y la poesía, vagaban por la Europa otros acentos escapados de la lira de Goethe y Byron. Era, que nacia otra escuela, si igual á la anterior en el nombre que llevaba de romántica, y en la guerra á muerte que declaraba á la literatura clásica, pero distinta de aquella, pues no buscaba sus acentos en la edad media, ni creia, ni adoraba, ni esperaba. ¿Sabeis lo que significan esos nombres de Goethe y Byron, y los de esa falanje de poetas, que han seguido en pos de ellos, los Victor Hugo, los Espronceda, los Leopardis? ¿No recordais esa época estruendosa, en que el hombre arrojando del alma todas sus creencias y principios, negando á Dios, la moral, la inmortalidad y cuanto hay de augusto y consolador en los profundos senos de la conciencia, sentia dentro de sí una inquietud, una amargura, un desencanto y un encono terribles? Pues ved ahí lo que significan esos nombres. Leed el Manfredo, el Werther, el Fausto, el Diablo Mundo, y vereis qué hondos gemidos se escapan del pecho de los poetas; ¿qué digo de los poetas? en ellos gemia la humanidad, como aquejada de su decadencia moral y religiosa.

Cuando la voz de esos hombres recorrió la Europa, mil otras voces y rumores se oian sonando en son de queja, y de amargura, y de odio, y de inquietud, y de licencia. Unos se complacian en acumular escenas de escándalo, en predicar la inmoralidad, el fatalismo, la desesperacion; otros iban á recoger el patético en las emociones desgarradoras de la mortaja, del pecado, y al pié del patíbulo; cuáles descendian á los lugares cenagosos é impuros de las grandes poblaciones, para ofrecer el cuadro sombrío de la miseria y del escándalo. Jamás se vió la literatura descender tanto y abatir tanto su vuelo divino; jamás se la vió de este modo reunida en una conspiracion contra el pudor, la belleza y la conciencia.

Por fortuna vinieron otros poetas, que han sabido dar al arte la

nueva direccion que buscaba, sin por esto corromperle ó falsearle, é inspirándose en las fuentes purísimas de lo bello y de lo bueno, han consolado á las presentes generaciones de los extravíos de los otros poetas. Los nombres de Walter Scott y Saavedra, Schiller y Manzoni, Chateaubriand y Lamartine, Jean-Paul y Moore, Vhland y Zorrilla, timbres son, y muy gloriosos, de esa literatura romántica. Por ellos ha triunfado para siempre el verdadero, el legítimo romanticismo, y la poesía ha vuelto á ser lo que fué en la India, en la Persia y en la Grecia, no frio remedo de antiguos autores y de literaturas exóticas, sino expresion sincera y vehemente de la vida nacional, y manantial fecundo de vivísimas impresiones.

Si á mí que tengo una grande idea de la importancia social del arte, se me preguntara por los mas grandes y dichosos acontecimientos de los últimos tiempos, no vacilaria en decir que uno de ellos era el advenimiento del legítimo romanticismo. Él ha convertido el arte, de cadáver que antes era, en cuerpo lleno de vida; de planta estéril y descolorida, en flor bella y lozana. ¡Ah! no, digo mal, no es ya el arte flor llena de frescura, no es árbol frondoso vestido de ramas y hojas con excelsa alteza. El romanticismo le ha dado independencia y aquella vida que podia darle; mas no puede escuela alguna cambiar los tiempos, ni poner en la frente arrugada del viejo la suave frescura de la juventud. Así que, á pesar de esa ventajosa direccion del arte; á pesar tambien de los grandes adelantos de la crítica, la cual despues de las disputas de los románticos y clásicos, y de estos y los neo-católicos, y de las que han ocasionado los sistemas críticos y metafísicos, al traer sus principios al terreno de aquel, ha alcanzado merced á esas acaloradas disputas, y por el progreso de la estética, la historia general y la filología, un carácter elevado y comprensivo; á pesar, repito, de la nueva direccion del arte y de los adelantos de la crítica, la poesía se halla hoy en decadencia, y son contados los grandes hechos literarios. La minuciosidad, las pasiones políticas, la fusion de todas las lenguas y de todos los genios, las tendencias materialistas que distinguen la nueva generacion, la intemperancia de escribir y de imprimir llevada á su último término, todas estas causas reunidas han degradado la literatura, extraviado el genio, y suprimido la originalidad.

¿Quién salvará á la poesía?

Nadie, Señores. Los buenos dias de la alta, grandiosa y general poesía pasaron ya para siempre. Como la fe no ha nacido en estos tiem-

pos de discusion, combate, agitacion y duda, ni la poesía puede brotar ni florecer en ellos: ni vendrán ya nuevamente al mundo aquellas épocas de entusiasmo, de caractéres heróicos, de vida aventurera, de imaginacion sencilla y ardiente, que solo pudieron producir esos ecos lejanos que recogemos con santo entusiasmo, esos rumores que llegan á nosotros, cual suave brisa nacida en lejano confin. No quiere esto decir, Señores, que haya pasado para siempre la inspiracion, ni que Dios nos niegue airado esos hombres divinos llamados poetas, no; ¿pero qué puede el hombre solo? ¿qué es el genio sin una atmósfera de sentimientos é ideas en que pueda respirar y tomar aliento? ¿qué es sin la inspiracion de las muchedumbres? Es una flor que no brota, un gérmen que no se fecunda. Él ha menester del sol de la sociedad para vivir, y la sociedad antes le ahoga hoy que le alienta. Qué, ¿pedirá sus sentimientos á la sociedad de ahora, corrompida por el egoismo, degradada por la corrupcion, envilecida por los vicios y los crímenes? Cuando unos maldicen el arte en nombre de las creencias, y arrojan en su paso el remordimiento; cuando otros le llaman para ser órgano de locas pasiones; y cuando todos, si le llaman, le echan para que cante unas monedas, vil precio de sus cantos, ¿qué puede esperarse de la sociedad para el arte? Muy poco ciertamente. Mas si ha perdido su grandeza, recobrará su santidad: tales son, ó deben ser al menos nuestros votos y nuestra esperanza. Ya que no sea grande, que no se envilezca: repitámosle sin cesar ese principio: que sus alas doradas no se arrastren en el fango, y que no anuble la impiedad su claro semblante.

Iba, Señores, á hablar tambien de la jurisprudencia, iba á contar las luchas de sus escuelas, sus victorias y derrotas; pero abusaria demasiado de vuestra paciencia, y no haré por tanto sino mentar esas escuelas, y decir cuál de ellas triunfará.

Hay, como sabeis, en jurisprudencia seis escuelas principales: la utilitaria y la espiritualista, el romanismo y el germanismo, la escuela histórica y la racionalista.

Benthan y Hobbes, frente á Kant y Rossi, es decir, el sistema utilitario y el que le sirve de contraste, no son otra cosa que la lucha del sensualismo y del espiritualismo llevada al terreno del derecho; y como la utilidad proclamada como criterio único no es en puridad sino la negacion de ese derecho, tal sistema debe morir, digamos mejor, ha sido ya desterrado de la ciencia, aunque de él queden grandes recuerdos.

El germanismo y el romanismo han nacido, como en literatura las escuelas clásica y romántica, del concurso simultaneo de dos civilizaciones, la romana resucitada y protegida por la ciencia, y la germánica sostenida por el instinto de los pueblos y las necesidades de la historia. A decir verdad, esos dos diversos principios, que han venido mas de una vez á las manos en el terreno de la legislacion, no han alzado pendones en la ciencia ni constituido escuelas diferentes; antes bien reunidos bajo una comun enseña, y con el nombre de escuela histórica, han combatido juntos las tendencias de aquellos que proclamaban la necesidad y el deseo de la codificacion. Y por haber defendido con teson y brio el elemento histórico y antiguo que contenian los códigos, recibió esta escuela el nombre de histórica, así como fué desde entonces costumbre llamar filosófica á su contraria. Mas como esta última, excepto solo acaso en los escritos del célebre Gans, no pedia á la filosofía, ni sus principios, ni aun sus tendencias, ni sus métodos, y como ni una ni otra reflejan la contradiccion que se presenta en aquel período del espíritu humano, en que conducido este por la ciencia se prepara á destruir ó modificar hondamente las relaciones civiles creadas en el primer momento de la historia, así como el espíritu de la legislacion penal, y se han limitado á ser una continuacion, ó si se quiere, un progreso obrado en la direccion de la escuela que en el siglo XVI se aplicó á la inteligencia y aplicacion del derecho romano, habré de dar el nombre de histórica y filosófica á otras dos, que, derivadas de dos encontradas escuelas políticas, han llevado su espíritu y sus tendencias á la legislacion civil y penal.

La una que ha tenido por intérpretes á De Maistre, Bonald, Donoso Cortés y otros, se esfuerza en traer una restauracion. En las relaciones de familia y en la organizacion de la propiedad desea volver á las antiguas vinculaciones, y restablecer aquel espíritu nobiliario que expresaba y consagraba á un tiempo mismo la desigualdad social. En derecho penal quiere que desaparezca la tendencia humanitaria que ha penetrado en todos los códigos, y que el verdugo, al cual han arrojado por fortuna las calles y las plazas públicas, y que para levantar su trono, ó sea el cadalso, busca ya los campos, que tal vez un dia le rechazarán para siempre, vuelva con su imperio soberano, y que vuelva la atrocidad de las penas y la sombría venganza de la ley.

La otra escuela quiere que penetre en los códigos el espíritu de los nuevos tiempos: que en las relaciones civiles se hagan aquellas pru-

dentes reformas, que el progreso del derecho y la situacion actual económica exigen: que en derecho penal se prevenga tanto como se castigue, y que al castigar no se olvide nunca que si la sociedad necesita de penas, debe de ellas desterrarse la crueldad, y que no se olvide tampoco que las palabras por que empezó la civilizacion europea fueron palabras de perdon pronunciadas por el Salvador en la cima del Calvario.

Para los que tenemos fe en la razon, el éxito de la lucha entre esas dos escuelas, en tanto que escuelas de derecho, no es dudoso: la histórica perecerá, la otra vivirá y suyo será el porvenir.

Hago, Señores, alto aquí: he recorrido, aunque de pasada, el vasto campo de las ciencias que forman el objeto de esta Academia: he tocado sus principales cuestiones, é indicado la solucion para algunas. La historia con su pasado, el presente con su vida, y el porvenir con sus lontananzas, la ciencia política y la economía social, la filosofía, la jurisprudencia y la literatura, todo lo he presentado como en confusion. Debia ser así para que se reflejara al vivo el movimiento, la inquietud, el vaiven y la contradiccion que hay en la ciencia. En medio de esa contradiccion, ese vaiven, y de tanta lucha, habreis podido quizá vislumbrar un principio soberano y una grande esperanza: ese principio es el progreso, esa esperanza es la del triunfo definitivo, y tal vez no lejano, de la razon y la justicia. Aunque el momento actual es solemne y para algunos sombrío y aterrador, yo tengo confianza en el espíritu de nuestro siglo. Muchos temen catástrofes y presienten desgracias: yo no: yo creo que la copa del infortunio está para colmarse: creo que hemos atravesado el Mar Rojo, y que nos acercamos á la tierra de promision. Todavía es verdad existen en el mundo el error y la injusticia; pero no lo dudeis, aquel y este desaparecerán. Trabajemos con fe en la obra de la humanidad, sin que llegue á nuestras puertas la inquietud ni el desaliento. Si veis por ventura el principio del bien, que cae alguna vez derribado en la pelea, esperad un momento, que pronto se levantará victorioso. Porque el triunfo del mal es pasajero, y yo tengo para mí que Dios en sus altos designios nos ha reservado, á nosotros, hombres del siglo XIX que hemos combatido y sufrido tanto, nos ha reservado, repito, el presenciar aquel dia anhelado en que hecha la paz entre los hombres y acabado el desarrollo social, empiece un tiempo sin historia, un presente dichoso y duradero, que será como un vago presentimiento, como un primer momento, aunque débil, de la eternidad.=He dicho.